

El árbol de la vida



Blas de Otero con la inmensa mayoría

EN LOS AÑOS CINCUENTA DEL PASADO SIGLO atraviesa Blas de Otero una etapa de profunda reflexión social, de humanismo exacerbado, de doloroso existir. Apegado a la fuerza de la palabra, ansioso por respirar aire libre, Blas de Otero despliega un contradictorio amor por España y por los hombres en general. El sufrimiento del pueblo español es el sufrimiento del poeta. Desgarrado por dentro, Blas de Otero lanza gritos de desesperación en poemarios como *En castellano y Pido la paz y la palabra*.

Blas de Otero habla de una España pobre, del rostro terrible de la patria, del llanto desconsolado de sus gentes. España es el país donde sufre y canta. Expresiones como 'espantosa podredumbre', 'patria triste y hermosa' o 'tiempo amargo' reflejan sin tapujos la situación gris del país, pero el poeta no pierde la esperanza, confía en la masa de hombres que configuran la patria, hombres que están 'ahogándose', esperando un poco de luz. La caricaturesca España de los años cincuenta contrasta, por otro lado, con la descripción que Blas de Otero hace del país vecino, Francia. La fina Francia contrasta con la brutal España, la Francia de los campos bien peinados se opone a la España miserable.

El sentido existencialista asoma pocas veces, pero surge en

algunos versos producto del desgarramiento interior, porque Blas de Otero se considera, sobre todo, un hombre afechado a la vida, a la tierra, al suelo. Se presenta en numerosos versos como un hombre que ha sufrido el hambre y la sed. «Calvario como el mío pocos he visto», pronuncia el poeta, que, sin embargo, ansía vivir, el goce de la vida, salir al aire libre, salir de la espaciosa cárcel en la que vive. Ello le conduce a ruar, rondar calles y plazas de Madrid, Bilbao, París o Barcelona. Siente ternura y piedad ante los seres desvalidos, como esa mujer a la que ama, que friega suelos y tiene, a pesar de su juventud, un niño a cuestras. Blas de Otero, pues, protesta contra el dolor de los humildes. Por eso escribe para el hombre de la calle, para el hombre que no sabe leer.

No faltan en los poemas de Blas de Otero las referencias a la Guerra Civil, a las dos Españas, a la sangre derramada, a una patria derruida, arrastrada como un árbol sobre un río, porque «somos hijos / de la gran guerra... llevamos / el signo de Caín grabado / en la sangre». Tampoco faltan las notas autobiográficas: el frío de la infancia, el refugio de la madre, el hambre, la escritura llegado a Madrid, la estancia en París. Blas de Otero habla de un tiempo en que es difícil la ternura, de una vieja cárcel en el Cantábrico, de su maldito encierro, de los que no pueden hablar, muertos de miedo o de hambre. «Pero debo callar y callar tanto», afirma con amargura el poeta, que sabe, no obstante, que «hay tanto que decir».

La obsesión por la paz y por la búsqueda de una palabra verdadera, necesaria, le lleva a pronunciar 'palabras vivas' que dan testimonio del hombre. La falta de aire le motiva enarbiado a levantar la voz, buscando para la patria árida y triste la tan anhelada «fuente serena de la libertad».

Nos conmueve, en definitiva, la fe que atesora Blas de Otero, la confianza que despliega en el hombre, en la paz, en la patria, y su voz, que se alza para lanzar «duras verdades como puños», y «romper / el silencio espesado sobre España».



Pedro Amorós

EL SHOW DE SAMSA

Pedro Pujante



China Miéville

Para los aún no conozcan la obra del autor británico China Miéville (1972) este libro es una estupenda oportunidad para adentrarse de lleno en ella. Se recogen aquí doce cuentos de variada temática y una novela corta titulada *El azogue*. Hay en esta antología relatos fantásticos, de ciencia ficción y terror, aunque como siempre se ha dicho (en este caso es una verdad a medias) las etiquetas 'fantástico' o 'ciencia ficción' se vuelven insuficientes a la hora de definir la poética del autor inglés. También podríamos hablar de un fantástico de nuevo cuño (*new weird*), en el que predominan escenarios urbanos, crítica socio-política, monstruos postmodernos y una rescritura de los tropos fantásticos (el Doble o las apariciones fantasmales) desde una óptica más punk, estetizada, barroca, pulp y racionalizada.

En cualquier caso, el lector disfrutará de estas historias en las que Miéville despliega su habitual delirante imaginación para construir tramas tan bizarras como coherentes, dotando a sus relatos de una fuerza arrolladora. Hay aquí una historia de terror, (*El parque de bolas*) la típica *ghost story*, aunque ambientada en una tienda tipo Ikea. También mundos apocalípticos en los que se libran batallas extrañas, ciudades asediadas por criaturas (más bien extrañas presencias) que amenazan a la humanidad (*Buscando a Jake*). De hecho, la ciudad (sobre todo Londres) es uno de los tópicos de Miéville. Las arquitecturas urbanas se convierten en algo más que escenarios. Son geografías móviles, fantasmales. En *Informe sobre diversos sucesos acaecidos en Londres* se describe un extraño acontecimiento consistente en el movimiento de calles a través del tiempo, una prosopopeya terrorífica y misteriosa. También es testigo el personaje de otro de los relatos, *Cimientos*, de cómo los cimientos de los edificios, entremezclados con cadáveres, se comunican con él, reiterándose esa condición orgánica y vital de la materia. Como en *Familiar*, relato de brujería urbana en el que una creación mágica comienza a cobrar vida valiéndose de materiales de desecho, de basura y de partes de otros animales, reconstruyéndose desde la nada, trasmutando lo espiritual en 'real'.

Aunque la realidad, la ciudad y la materia puedan sufrir cambios, alteraciones fantásticas, estas variaciones parecen estar sujetas, en ocasiones, a la percepción. Idea que se desarrolla en extensión en la novela *La ciudad y la ciudad*. Cómo percibimos la realidad la condiciona, es decir, la realidad es tan solo lo que somos capaces de percibir. Es un ejemplo de esto el relato *Detalles*. En él se nos cuenta cómo la posibilidad de percibir una realidad diferente que habita en los detalles de las cosas consigue vivificarse, como si «lo que se ve cobrase vida» pero una vida amenazante. También se transforma la realidad a través de su visualización en *Cielos diferentes*, en el que un anciano ha comprado una ventana a través de la cual se percibe un mundo diferente y hostil. Así, la ventana, explica el narrador y protagonista del relato, es «un asterisco que interrumpe la gramática del cielo». También es la literatura fantástica de Miéville una suerte de interrupción de la realidad, una puerta que transforma el mundo en un extraño universo con reglas diferentes. Un espejo en cuyo reflejo habitan nuestros dobles dispuestos a saltar sobre nosotros.

Hay también algunas piezas que podrían calificarse de relatos negros como *Jack* o *Mensajeros*. Esta última cuenta la historia de un personaje que recibe misteriosos mensajes en clave que tiene que enviar sin saber su origen ni destino, ni siquiera qué efecto provocan en la sociedad. En *Acaba con el hambre* un hacker trata de boicotear una página web con inesperadas consecuencias.

El único relato que nos hará esbozar una sonrisa es *Noche de paz*. Una fábula distópica en la que grandes corporaciones se han apropiado de la Navidad, construyéndose una sociedad en la que todo lo relacionado con ella, desde los villancicos hasta los abetos, se ha convertido en objeto de consumo restringidos por durísimas leyes de derechos de autor bajo extremas licencias. Un caos navideño.

Finalmente se incluye la novela corta *El azogue*, una historia fantástica que narra la batalla entre los humanos y los seres que habitan los espejos.